

PÍO MOA

LOS ORÍGENES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

EE
ENCUENTRO

HISTORIA

EDICIÓN ANIVERSARIO AUMENTADA

Ensayos
385

Historia
Serie dirigida por
José Andrés-Gallego

PÍO MOA

Los orígenes de la guerra civil española

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-674-5

EE
ENCUENTRO

© 1999
Pío Moa Rodríguez
y
Ediciones Encuentro, Madrid
5ª edición aumentada: mayo 2009

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

A Lola

ÍNDICE

- [Mitos y tópicos de la guerra civil, de Stanley G. Payne](#)
- [Introducción](#)

[PRIMERA PARTE:](#) [LA PRIMERA BATALLA DE LA GUERRA](#)

- [1. Un mundo en convulsión](#)
- [2. La derecha aspira a gobernar...](#)
- [3. ... y el PSOE declara la guerra civil](#)
- [4. Franco «asesora» al gobierno](#)
- [5. Rebelión de Companys en Barcelona](#)
- [6. Fracasa en Madrid el *putsch* a lo Dollfuss](#)
- [7. Batet derrota a Companys](#)
- [8. Oviedo en llamas](#)
- [9. El momento de gloria de Lerroux](#)
- [10. La deserción de los comités asturianos](#)
- [11. El hundimiento de la Comuna asturiana](#)
- [12. «Nada más hermoso desde la 'Commune' de París»](#)

[SEGUNDA PARTE:](#) [EL CAMINO A LA INSURRECCIÓN](#)

- [1. La difícil colaboración socialista-republicana](#)
- [2. Los socialistas rompen con la república](#)
- [3. Noviembre de 1933: descalabro electoral de la izquierda](#)
- [4. Los partidos reaccionan ante las elecciones](#)
- [5. Un debate histórico en las Cortes](#)
- [6. ¿Creía el PSOE en el fascismo de la CEDA?](#)

- [7. La defenestración de Besteiro](#)
- [8. El Lenin español y su equívoco adjunto](#)
- [9. El duelo entre las Juventudes Socialistas y la Falange](#)
- [10. Una falsa victoria de la derecha](#)

[TERCERA PARTE:](#) [PREPARATIVOS REVOLUCIONARIOS](#)

- [1. Diseño de una guerra civil](#)
- [2. Armamento y financiación](#)
- [3. Alianzas con la burguesía *progresista*](#)
- [4. La unidad obrerista](#)
- [5. La gran huelga campesina de junio de 1934](#)
- [6. Rebeldía de Companys y segundo intento golpista de Azaña](#)
- [7. La extraña alianza PSOE-PNV](#)
- [8. Un septiembre tormentoso](#)
- [9. La hora de la verdad](#)
- [10. Causas de la derrota de octubre](#)
- [11. Continuación de la guerra por otros medios](#)
- [Apéndice I: Instrucciones socialistas para la insurrección](#)
- [Apéndice II: La actitud de la CEDA](#)
- [Epílogo para universitarios](#)
- [Notas](#)

MITOS Y TÓPICOS DE LA GUERRA CIVIL¹

Stanley G. Payne

Hablar de la enorme cantidad de publicaciones sobre la Guerra Civil española, que ascienden a muchos miles de libros en todos los idiomas importantes y en muchos otros minoritarios, se ha convertido en un lugar común. Los historiadores profesionales del mundo occidental, considerado en su conjunto, ya no sienten un gran interés por el tema y la tendencia general es a reducir su importancia. En algunos países occidentales, los historiadores la tienen en gran medida por una matanza puramente española y en su mayor parte no le conceden el tipo de importancia internacional que se le atribuyó en su día, en la época de la Segunda Guerra Mundial. Aun así, sigue proliferando muy rápidamente nueva literatura histórica en español, mientras que en otros idiomas, especialmente en inglés, aparecen también nuevas investigaciones, si bien a un ritmo muy inferior. Ahora se sabe infinitamente más sobre la Guerra Civil de lo que se sabía en 1961, cuando Hugh Thomas publicó inicialmente la que habría de convertirse en la clásica historia en un solo volumen. Las nuevas investigaciones han ampliado, profundizado y clarificado el entendimiento de casi todos sus aspectos fundamentales. Se ha alcanzado un cierto grado de objetividad, al menos hasta el punto de que una cierta proporción de historiadores y otros autores que se ocupan de la guerra sugieren a veces que ambas facciones fueron «casi igualmente» responsables del origen del conflicto, así como casi igualmente atroces en su

prosecución. Las universidades y la vida política del mundo occidental han estado dominadas desde los años ochenta y noventa, sin embargo, por la corrección política, con su sustento de ideas difusas pero con frecuencia cuidadosamente prescritas. Además, la Guerra Civil española fue uno de los comparativamente escasos conflictos en los que los perdedores ganaron en gran medida la batalla de la propaganda: así sucedió hasta cierto punto durante la guerra, pero es ciertamente lo que ocurrió durante la década posterior. Dado el predominio generalizado en las humanidades y las ciencias sociales de profesores y alumnos que simpatizan con las políticas de izquierda, apenas puede sorprender que tales simpatías se hayan extendido igualmente a la interpretación de la Guerra Civil de 1936-1939. Con la desaparición en España de una generación anterior que se había mostrado en ocasiones más afín a Franco y a los nacionales, aquella tendencia pasó a consolidarse con mayor firmeza a finales del siglo XX.

La mayor parte de las nuevas investigaciones que se llevan a cabo en España sobre el conflicto aparecen, además, en forma de publicaciones de tesis doctorales. Se trata casi siempre de estudios predecibles y penosamente estrechos y formulistas, y raramente se plantean preguntas nuevas e interesantes. Los historiadores profesionales no son, a decir verdad, mucho mejores. Casi siempre evitan suscitar preguntas nuevas y fundamentales sobre el conflicto, bien ignorándolas, bien actuando como si casi todos los grandes temas ya se hubieran resuelto. Esto, por supuesto, está muy lejos de la realidad, ya que la Guerra Civil española seguirá constituyendo durante mucho tiempo un objeto de estudio muy problemático, en la línea de las revoluciones francesa o rusa, que han sido y seguirán siendo debatidas durante décadas.

El debate, la revisión y la reinterpretación constituyen la esencia de la historiografía, aunque el tipo de debate que ha florecido en los últimos años en España en relación con la historia económica o incluso la historia política del siglo XIX y comienzos del XX se ha visto trasladado muy raramente al tema de la Guerra Civil. Dentro de este vacío parcial de debate histórico surgió repentinamente hace unos años la pluma previamente poco conocida de Pío Moa, cuando publicó en 1999 el primero de sus cuatro volúmenes sobre la República y la Guerra Civil, *Los orígenes de la Guerra Civil española*. Éste se vio seguido de *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* (2000), *El derrumbe de la segunda república y la guerra civil* (2001) y ahora, más recientemente, *Los mitos de la guerra civil* (2003). Considerados en su conjunto, constituyen el empeño más importante llevado a cabo durante las dos últimas décadas por ningún historiador, en cualquier idioma, para reinterpretar la historia de la República y la Guerra Civil. El corpus de la obra de Moa constituye un desafío a las interpretaciones habituales, y políticamente correctas, de esta época. Cada una de las tesis de Moa aparece defendida seriamente en términos de las pruebas disponibles y se basa en la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles. En cuanto que historiografía revisionista, sus libros presentan sus tesis principales enérgicamente y, como es habitual en el caso de la historiografía revisionista, en ocasiones con un énfasis exagerado, en aras del efecto polémico. No se trata, sin embargo, de una práctica infrecuente en el debate histórico.

La reacción pública a la aparición de estas obras ha sido realmente notable, con ventas relativamente buenas y a veces con diversas ediciones. Entre los historiadores y los reseñistas, sin embargo, lo más destacable de la respuesta

a la obra de Moa ha sido la ausencia de debate y la negación a discutir el gran número de temas serios que suscita. Con sólo unas pocas excepciones, ha sido recibida con una hostilidad gélida o furibunda. Con más frecuencia ha sido ignorada o, en caso de reseñarse, rechazada como no merecedora de consideración. Lo cierto es que los comentarios sobre su obra se han visto a menudo reducidos a observaciones *ad hominem* aparentemente sensacionalistas, aunque completamente irrelevantes, sobre su antigua militancia en una organización revolucionaria marxista-leninista en los años setenta.

Parece haber al menos tres razones que explican esta reacción extremadamente negativa. Una es la fantasía de que rompe un supuesto «pacto de silencio» sobre temas conflictivos establecido durante la democratización de 1976-1978. El problema con este argumento es que jamás existió un «pacto de silencio» de este tipo. El pacto de la democratización fue completamente diferente; tuvo que ver, en cambio, con renunciar a la política de venganza para que la democracia comenzara para todos haciendo borrón y cuenta nueva. Por lo que se refiere a las publicaciones históricas, España ha estado desde entonces llena de libros que denunciaban al franquismo y a la derecha: antes, durante y después de la Guerra Civil. La idea de que sólo los críticos de la izquierda deben estar vinculados por un supuesto «pacto de silencio» de este tipo (inexistente en realidad) es absurda. Una segunda razón, y ésta es mucho más sustancial, es que la dictadura duró tanto tiempo (a pesar de que la represión siempre fue a menos) que ha habido una tendencia nada crítica por parte de sus adversarios a rechazar cualquier análisis histórico que sea seriamente crítico con los opositores del franquismo. Esta tendencia psicopolítica es perfectamente comprensible en términos humanos, pero se traduce en una historiografía desequilibrada que, en la práctica, dificulta

de entrada la comprensión de cómo surgió el franquismo. Una tercera razón es simplemente el dominio de actitudes «políticamente correctas» entre los intelectuales, las universidades y los medios de comunicación en los países occidentales durante los últimos años. A este respecto, España no se diferencia mucho de, por ejemplo, Francia o Estados Unidos, aunque el tipo de énfasis individual en la corrección política puede variar un poco de un país a otro. En Estados Unidos, por ejemplo, esto ha guardado relación especialmente con cuestiones de raza. La conocida como «victimofilia» ha sido durante años una importante característica de la corrección política, y en España ha adoptado recientemente la forma de nuevos y especiales intereses por parte de diversas categorías de víctimas del franquismo. Ha habido muy poco, o ningún, interés durante ese mismo período de tiempo por las víctimas de la izquierda (la categorización y reconocimiento del *status* oficial de «víctima» en la cultura contemporánea ha dependido siempre de las actitudes políticas y el reconocimiento político), aunque de nuevo en el caso de España esto es en parte comprensible en términos humanos debido a la larga duración de la dictadura. Ha habido algunas excepciones al muro de hostilidad que ha saludado la obra de Moa. Uno de los más distinguidos y venerables contemporaneístas de la actual historiografía española, Carlos Seco Serrano (conocido por su objetividad y su ausencia de partidismo), ha tildado las conclusiones en uno de los libros de Moa de «verdaderamente sensacionales». César Vidal, una de las figuras más activas en la historiografía de la Guerra Civil y autor del mejor y más completo estudio de las Brigadas Internacionales en ningún idioma, califica algunas de las tesis de Moa de «verdades como puños», mientras que el presentador televisivo Carlos Dávila ha entrevistado a Moa en su programa. Como casi todos los mitos y tópicos habituales de la República y la Guerra Civil favorecen a la izquierda,

una reacción partidista será inevitablemente que reevaluarlos o criticarlos seriamente supone favorecer a la «derecha» o el franquismo. En términos humanos, una vez más, esta reacción es enteramente comprensible, pero no tiene nada que ver con la erudición seria o con la investigación científica. En términos de indagación histórica, una actitud así es simplemente irracional y antiintelectual. Sobre una base mental de este tipo, cualquier avance significativo en la historiografía resulta imposible. Lo más reseñable es que, aparentemente, no hay una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa que realice un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Los críticos adoptan una actitud hierática de custodios del fuego sagrado de los dogmas de una suerte de religión política que deben aceptarse puramente con la fe y que son inmunes a la más mínima pesquisa o crítica. Esta actitud puede reflejar un sólido dogma religioso pero, una vez más, no tiene nada que ver con la historiografía científica.

Uno de los rasgos distintivos de la historiografía contemporánea española ha sido la ausencia de una seria investigación crítica por parte de la izquierda. Ha habido excepciones —quizá, de manera especialmente notable, varias de las tempranas y excelentes monografías de Santos Juliá sobre el PSOE durante los años treinta—, pero han sido infrecuentes. El resultado ha sido una montaña de historiografía sobre la iniquidades del franquismo —muchas de ellas ciertas, pero otras a veces imaginadas o exageradas— y un vacío enorme al otro lado de la ecuación política. Una gran parte de la obra de Moa se ocupa de los tremendos puntos débiles de los líderes de la República, especialmente Azaña, Alcalá Zamora, Prieto y Largo Caballero. El material es aquí rico y abundante, con una gran parte del mismo aportado por los propios líderes republicanos en sus constantes y mordaces denuncias

mutuas. Muy pocas veces ha tenido un régimen político en la historia de la Europa moderna un grupo de líderes políticos más autodestructivos que los de la Segunda República. Por comparación, los líderes de la República de Weimar en Alemania fueron durante la mayor parte del tiempo un grupo experimentado de sabios estadistas democráticos. Con un liderazgo como el que disfrutó la Segunda República y políticas tan destructivas como las de los partidos izquierdistas y revolucionarios, atribuir su caída a la conspiración de unos cuantos potentados reaccionarios puede servir para un buen cuento de hadas o una fábula política, pero no tiene nada que ver con una seria historiografía crítica.

Sería un asunto sencillo apelar a la historiografía española para que «creciera», se hiciera adulta y madura, y desarrollara un sentido crítico equilibrado. Como se ha señalado más arriba, sin embargo, el problema de la corrección política y el «tabú partidista» se extiende mucho más allá de España y se ha convertido en una enfermedad de la cultura occidental en el siglo XXI. En Estados Unidos, una seria discusión crítica de las cuestiones raciales queda generalmente descartada antes incluso de que dé comienzo. Las administraciones universitarias, mucho más fuertes en Estados Unidos que en los países europeos, intentan frecuentemente imponer códigos políticamente correctos a los profesores y alumnos por igual, y se ven frustrados fundamentalmente por el recurso legal a la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, que impone la libertad de expresión. En Francia, tabúes similares afectaron durante mucho tiempo al estudio crítico de Vichy y actualmente prohíben a menudo el análisis racional de los problemas de Oriente Medio. En España, por razones obvias, giran en torno a cuestiones del franquismo, la izquierda y la Guerra Civil. El asunto principal aquí no es que Moa sea correcto en todos los

temas que aborda. Esto no puede predicarse de ningún historiador y, por lo que a mí respecta, discrepo con varias de sus tesis. Lo fundamental es más bien que su obra es crítica, innovadora e introduce un chorro de aire fresco en una zona vital de la historiografía contemporánea española anquilosada desde hace mucho tiempo por angostas monografías formulistas, vetustos estereotipos y una corrección política dominante desde hace mucho tiempo. Quienes discrepen con Moa necesitan enfrentarse a su obra seriamente y, si discrepan, demostrar su desacuerdo en términos de una investigación histórica y un análisis serio que retome los temas cruciales que afronta en vez de dedicarse a eliminar su obra por medio de una suerte de censura de silencio o de diatribas denunciatorias más propias de la Italia fascista o la Unión Soviética que de la España democrática.

NOTAS

¹ El texto que ahora se publica con alguna mínima enmienda para ponerlo al día apareció por primera vez en la *Revista de Libros* de la Fundación Caja Madrid, n. 79-80, julio-agosto 2003.

INTRODUCCIÓN

«Nos queda por saber si tendremos una República agitada o una República tranquila, una República regular o una República irregular, una República pacífica o una República belicosa, una República liberal o una República opresiva, una República que amenace los derechos sagrados de la propiedad y de la familia, o una República que los reconozca y consagre. Problema terrible y de solución vital».

Alexis de Tocqueville

Este libro trata del movimiento insurreccional de octubre de 1934 y de sus consecuencias. Su tesis básica es que dicha insurrección constituye, literal y rigurosamente, el comienzo de la guerra civil española, y no un episodio distinto o un simple precedente de ella. Por tanto, en julio de 1936 sólo se habría reanudado la lucha emprendida 21 meses antes.

La idea no es nueva. Ya Gerald Brenan consideró en *El laberinto español* la revuelta asturiana de octubre como «la primera batalla de la guerra civil»¹; más recientemente han desarrollado la intuición de Brenan otros libros como *El golpe socialista*, de Enrique Barco, o el de Ángel Palomino *1934: la guerra civil comenzó en Asturias*. No obstante, la idea es parcial, por cuanto la lucha de Asturias fue sólo parte de una insurrección mucho más vasta, la parte más larga y sangrienta, pero no la decisiva. Mayor peligro revistieron los golpes preparados en Madrid y Barcelona, aunque fracasaran pronto, en parte por azar. Y en una

veintena más de provincias corrió también la sangre. En Madrid el número de víctimas triplicó ampliamente el de las ocasionadas por el golpe de Sanjurjo en 1932.

Asturias eclipsó al resto por la violencia de la lucha allí sostenida, y también por haber permanecido ignorada durante muchos años —y en muchos detalles todavía hoy— la trama de la insurrección, sus aprestos y objetivos; de ahí que la misma parezca una intentona semiespontánea, con pésima organización y fines confusos. Pero la realidad fue muy otra, como prueba la documentación aquí aportada. El movimiento de octubre fue diseñado explícitamente como una guerra civil, y no sólo resultó el más sangriento de cuantos la izquierda revolucionaria emprendió en Europa desde 1917, sino también el mejor organizado y armado, en Europa y en el resto del mundo. El examen atento de las fuentes hoy disponibles arroja nueva luz sobre los hechos, mostrándolos con perfiles harto distintos de los que a menudo siguen dibujándose.

Así, creo que en adelante quedarán descartadas algunas versiones históricas muy corrientes, pero basadas en apariencias falsas; una de ellas, la del carácter presuntamente defensivo de la insurrección, contra una CEDA fascista. Hoy día casi nadie cree que la CEDA fuera fascista, pero quizás aún sea más importante constatar que tampoco lo creían los dirigentes insurrectos.

Otra interpretación a desechar es la de que fueron las masas, desesperadas por la opresión sufrida a manos del centro y las derechas, las que radicalizaron al PSOE y a la Esquerra. Los datos disponibles revelan que la situación de los trabajadores o de la autonomía catalana no empeoró tras la pérdida del poder por las izquierdas en 1933, y que no había base real para la supuesta desesperación. Sorprende que una copiosa bibliografía insista en la furia

popular como causa de la revuelta, cuando las masas desoyeron en casi todo el país los llamamientos bélicos de sus líderes.

Y no defendían los insurrectos las «conquistas republicanas» del primer bienio contra los gobiernos centristas de Lerroux o de Samper, como a posteriori afirmaron muchos dirigentes rebeldes y han recogido sin crítica algunos historiadores. Ni las reformas del primer bienio fueron liquidadas por los gobiernos de centro, ni la revuelta buscaba defender la república, sino asestarle el golpe de gracia, implantando la dictadura del proletariado u otro régimen que el existente. Esta realidad se desprende con certeza de los documentos y declaraciones de la época. En un sentido, este libro puede considerarse la versión socialista y de la Esquerra de entonces, un tanto diferente de la que luego sostuvieron esos mismos partidos.

¿Por qué eligieron el PSOE y la Esquerra el camino de la guerra civil? El primero, porque creyó maduras las condiciones históricas para derrocar a la burguesía y realizar la revolución socialista, su objetivo programático. Así lo prueban las declaraciones oficiales y las polémicas internas del partido. Y contra lo que pudiera creerse a la vista de su fracaso, el cálculo y análisis socialistas sobre la situación política no eran ni mucho menos descabellados.

Y la Esquerra, sin desear una guerra ni una revolución, sentó las condiciones para ambas. Su revuelta fue largamente preparada, y su consigna de un «Estado catalán dentro de la República Federal española» subvertía violentamente la legalidad de la II República. La consecuencia, aunque sus líderes cerrasen los ojos a ella, era necesariamente la guerra civil. En ese sentido, los jefes esquerristas fueron menos coherentes que los del PSOE.

También importa aquí señalar la diferencia de la revolución de octubre del 34 con el pronunciamiento de Sanjurjo en 1932, a veces equiparados. Entre ambos golpes media una distancia cuantitativa enorme: el de octubre llevó la muerte a ciento treinta veces más personas que la «sanjurjada». Y aún mayor es la distancia cualitativa: el golpe del 32 no fue realizado por «la derecha», sino por un sector mínimo de ella, que quedó aislado, sin apoyo de la mayoría; y, como se congratuló Azaña, sirvió para fortalecer a la república. Por contraste, la insurrección del 34 fue realizada por el mayor partido izquierdista en Cataluña y por el principal en el conjunto de España, y apoyado, al menos moralmente, por casi todo el resto de las izquierdas. Por ello tampoco robusteció al régimen, sino que le infligió una profunda herida, de la que acabaría feneciendo.

Demstrar las tesis arriba expuestas es el objeto de este volumen. Pero claro está que aun si consigue probarlas, como espero, ello no basta para sostener que la sublevación militar de 1936 continuase la insurrección del 34. Parece más adecuado considerar a ésta como un precedente menor de la guerra del 36, máxime al ser otros los rebeldes. Sin embargo, confío en dejar sentado, en un próximo libro, «El derrumbe de la II República», que en 1936 tan sólo se reanudó lo que en el 34 había quedado a medias, tal como las brasas de una hoguera mal extinta se resuelven en grandes llamas al recibir nuevo combustible y aire. «El derrumbe...» completa este libro en cierto modo, y forma un todo con él, y por ello adelantaré aquí un esquema de su enfoque.

Desde luego, la continuación de la guerra no era obligada. La experiencia de 1934, por lo cruenta y costosa, pudo haber servido de escarmiento general. Pudo, pero no fue así. La realidad histórica es que el irresuelto conflicto de octubre determinó la política española durante los

siguientes 21 meses, bandera de combate para unos y espectro aterrador para otros, sin dar pie a reconciliación ni olvido. A su calor se cocieron a lo largo de 1935 varios procesos belicosos, y se quemaron los tímidos intentos de pacificación.

Entre esos procesos destacó la división del Partido Socialista, tenuta por Madariaga como la clave del despeñamiento hacia la guerra del 36. Pero no fue tanto la división como la hegemonía del sector revolucionario de Largo Caballero, que el grupo de Prieto no logró contrarrestar. En realidad, el único sector del PSOE realmente legalista y pacífico, el de Besteiro, quedó laminado por los de Largo y Prieto. Hay quienes opinan que Largo no deseaba en serio la revolución, y que sus declaraciones al respecto eran simple retórica. Esta tesis choca de frente con los datos reales.

El predominio revolucionario en el PSOE no fue la única tendencia bélica que tomó cuerpo en 1935. También hay que contar el impetuoso auge del PCE, en simbiosis con el radicalismo de Largo, al cual impulsó y del cual se benefició. El problema de cómo insertar la agitación comunista dentro de su línea de Frente Popular, que algunos creen moderada porque no perseguía una revolución inminente, es también abordado aquí. El supuesto apoyo del PCE a un Frente Popular democrático no pasa de ser un espejismo creado por tratadistas que olvidan las doctrinas de Stalin.

Factor que pudo haber sido de paz y resultó lo contrario fue la recuperación pública de Azaña. Éste negó ante los jueces haber colaborado con la revuelta de octubre, pero la justificó en sus discursos de 1935 «en campo abierto», y cubrió de loas a los rebeldes. Excluyendo la violencia, propugnaba, al igual que Prieto, un desahucio político de la

derecha, bajo apariencias democráticas. Sus planes de entonces recuerdan al PRI mexicano y no a una democracia en sentido habitual. Por desgracia para él, su partido carecía en absoluto de la fuerza del PRI, y por ello tuvo que asentarse en las arenas movedizas de un PSOE cuyo grupo hegemónico tenía metas aún más extremadas. Con frecuencia se califica de moderada la postura de Azaña y su programa de gobierno, pero el análisis de ellos revela moderación sólo al compararlos con los de Largo Caballero, el PCE o la CNT. Y en ningún otro sentido.

Ocurrió en 1935 un cuarto hecho, crucial a mi juicio: la demolición del partido principal de centro, el Radical, de Lerroux, empleando como mina el célebre asunto del *straperlo*. Todos los indicios apuntan a que el escándalo, montado sobre unas corruptelas de menor cuantía, fue orquestado por Prieto y Azaña, con el concurso de Alcalá-Zamora. Como en una tragedia cuyos protagonistas marchan medio a ciegas al desastre, cada cual cooperó, a su modo y por motivos distintos, en la voladura del único amortiguador entre unas izquierdas y unas derechas cada día más irreconciliables. Con todas sus taras, el Partido Radical fue el único estable, potente y organizado entre los partidos llamados republicanos; casi todos los demás, improvisaciones de última hora, carecían de firme respaldo orgánico o de una masa asentada de votantes. Debe recordarse este dato, pues marca la endeblez del régimen. Por ello la liquidación de Lerroux privó de un apoyo insustituible a la república, ya excesivamente sacudida.

No se entiende este suceso, ni otros muchos, sin el fondo de enconadas rencillas entre los líderes, de las cuales ha quedado copioso rastro en sus escritos. Prieto y Azaña detestaban a Lerroux y a su partido. Alcalá-Zamora obró por una mezcla de resentimiento y esperanza de ser él quien orientase a la opinión moderada del país,

heredándola del aniquilado jefe radical. Por eso, creyendo que un nuevo y potente centrismo reequilibraría al régimen, no vaciló en convocar las elecciones de febrero de 1936, en momentos de máxima exacerbación de los ánimos. Esas elecciones sepultaron el centro, y con él las ilusiones equilibradoras de Acalá-Zamora.

¿Cómo llegó a cuajar tal antagonismo? Esta cuestión es básica, porque la derrota de la insurrección del 34 se debió ante todo a una abstención popular casi completa, lo que indica que aún no existía un clima de guerra. En cambio, en julio de 1936 bastó la rebelión semifracasada de una parte del ejército para que grandes masas se lanzasen ávidamente a la lucha y en cuestión de horas la legalidad republicana cayera por tierra, imponiéndose la revolución en los dos tercios de España dominados por las izquierdas. Este espíritu fraguó en los meses siguientes a 1934, y en este libro sostendré que su fermento fue la enorme campaña de propaganda lanzada por las izquierdas en torno a los supuestos crímenes de la represión en Asturias.

El debate historiográfico sobre la represión ha solido centrarse en la mayor o menor veracidad de los relatos de atrocidades, pero más cruciales fueron los efectos políticos de la campaña misma. Ésta vertebró en 1935 la reorganización del Partido Socialista y el auge del PCE, determinó la quiebra del sector pacifista de Besteiro y dio sustancia al resurgimiento de Azaña. De ella nació una sed de venganza en millones de personas y una hostilidad sin fisuras entre derechas e izquierdas. A ella debió el Frente Popular su constitución y su triunfo en las urnas; pues la campaña, lejos de agotarse con el paso de los meses, alzó verdaderas llamaradas de odio en las elecciones de 1936, de las que fue motivo central. El espíritu así alimentado propició luego el naufragio de los gobiernos de Azaña y Casares en una marea de desorden teñida de rojo —y no

sólo por las banderas revolucionarias—. Entonces, como reconocen Azaña y Gil-Robles, gran parte de las derechas se creyeron abocadas a la destrucción y decidieron rebelarse a su vez.

Tales fueron las consecuencias de la revolución del 34, planeada como una guerra civil: una serie de procesos de fractura social y radical enfrentamiento que hicieron probable y por fin inevitable la prosecución de la guerra menos de dos años más tarde, como trataré de mostrar en «El derrumbe de la II República», de hecho segundo volumen de esta obra, como antes señalé.

Comencé esta investigación de modo accidental en 1991, a partir de un libro reportaje que pensaba escribir sobre el año 1936, seguramente el más decisivo de la historia española del siglo XX y de efectos todavía muy tangibles. Pronto percibí que los sucesos de dicho año eran ininteligibles sin los de 1934, y que no bastaban unas referencias generales para aclarar la relación entre ambos. Hube de preparar un capítulo aparte sobre la revuelta de octubre, el cual, poco a poco, se convirtió en estos dos volúmenes, quedando el libro reportaje para mejor ocasión.

No partía, pues, de unas concepciones precisas. Mi idea inicial se acercaba a la hoy día corriente: la guerra civil, comenzada en julio de 1936 por el ejército y la *reacción*, se incubó en los años anteriores, debido a que la república amenazaba los intereses retrógrados de la derecha y no tuvo la decisión de aplastar a tiempo esos intereses. La derecha habría conspirado desde el primer momento para derrocar la república y, tras el intento fallido de Sanjurjo, había logrado su objetivo después de una feroz contienda de tres años contra la legalidad democrática. Entre medias, en 1934 se había levantado en Asturias la clase obrera, y en Cataluña la *Generalitat*, para cortar el ascenso fascista.

Este esquema sigue siendo muy aceptado, pese a su notoria inconsistencia. El peligro fascista, de existir, debiera haberse manifestado de lleno —desde el poder y con el triunfo asegurado—, aprovechando la insurrección izquierdista de 1934 y su fracaso. En lugar de ello, los «fascistas» respetaron la ley, se dejaron luego expulsar del gobierno por la voluntad, discutiblemente constitucional, del presidente Alcalá-Zamora, aceptaron la derrota electoral de febrero de 1936, intentaron todavía un acomodo con Azaña, y sólo fueron a sublevarse meses más tarde, en condiciones desfavorables, casi desesperadas. Estos hechos no encajan en el esquema arriba expuesto. Tampoco encajan otros: el grueso de la derecha no conspiró durante el bienio izquierdista ni apoyó el golpe de Sanjurjo; y no fue ella, sino la CNT-FAI, la que empujó al gobierno de Azaña a la crisis que terminó por echarle del poder en 1933. Nadie con conocimiento de causa puede negar que la CEDA actuó dentro de la legalidad y con más moderación, en la práctica, que los republicanos de izquierda. La síntesis de Richard Robinson concuerda mejor con los hechos que el difundido esquema arriba expuesto: «Admitiendo que el futuro de la república dependía del movimiento socialista y del partido católico, es importante reconocer que fue el primero y no el segundo el que abandonó los métodos democráticos y apeló a la violencia. En segundo lugar, es evidente que los propios republicanos de izquierda asestaron un serio golpe a la República democrática, al adaptar la forma de gobierno a sus propias predilecciones ideológicas»². A esta conclusión se llega igualmente examinando las fuentes de la izquierda.

Algunas corrientes historiográficas subsumen las contradicciones señaladas como detalles secundarios en un amplio cuadro de «lucha de clases», o de un determinismo económico o de otro tipo. En tal contexto, las ideas y actos de los protagonistas históricos pierden valor o se reducen a

anécdotas ante las poderosas e impersonales fuerzas que empujan la historia y le dan sentido. Estos enfoques suelen presentarse con timbres científicos, pero es lícita la sospecha de que terminan por sustituir los sentimientos, cálculos y decisiones de los personajes históricos por los del propio historiador, el cual se convierte, subrepticamente, en el auténtico protagonista: él cree conocer bien las fuerzas que moldean la historia, y con ellas a su favor maneja a los personajes reales y a las masas, arrumbando o retorciendo los datos que no encajan en sus teorías. Toma por objetivas esas fuerzas abstractas, que a veces emanan más bien de su imaginación o de su fe ideológica y dan a muchos libros un peculiar tono burocrático^a.

La tentación es fuerte. Hay algo profundamente misterioso en el curso de la historia, en la relación entre los líderes y las masas, en la forma como se gestan opciones de enormes consecuencias, en los resultados últimos de los sucesos, en la disparidad de ánimo y de acierto entre unas generaciones y otras... La razón busca algún elemento que determine los acontecimientos por encima de los confusos deseos y conflictos de los personajes, superando la apariencia caprichosa que de ellos toma la historia. Pero ha de reconocerse que hasta ahora esa búsqueda ha generado ideologías muy dudosas y no una teoría general aceptable. Tal vez los actuales intentos de domar el «caos» admitiendo el carácter desproporcionado entre muchas acciones y reacciones sociales alumbren ideas de validez más amplia, pero hoy por hoy el orden y sentido que pueda descubrirse en los sucesos históricos es limitado, y debe prevalecer la atención a los personajes y hechos concretos, y el cuidado de no mutilarlos o deformarlos en aras de teorizaciones de engañosa claridad.

Tal deformación resalta en conclusiones como ésta de Jordi Maluquer de Motes, buena síntesis de un enfoque muy común: en la república se habría producido «un apreciable crecimiento de los salarios, a favor de los jornaleros rurales singularmente, y un fuerte declive de la parte de las rentas provenientes de la propiedad, tanto beneficios como renta de la tierra. El estallido de la Guerra Civil encontraría su explicación última en esa acentuada transformación del período 1931-1936»³. Así, la derecha se habría alzado contra la más justa distribución de rentas y salarios propiciada por la república. Ese sería el fondo de la cuestión, y lo demás, es decir, las posturas concretas del PSOE, o la CEDA, de Azaña, Largo o Gil-Robles, quedarían en curiosidades o epifenómenos (salvo en la medida en que corroboren la idea previa). Pero la tesis, atractiva en su sencillez, no resiste el análisis. Olvida que las derechas no estaban constituidas sólo por capitalistas (tuvieron tantos seguidores como las izquierdas en febrero del 36); o implica que los sublevados ese año fueron principalmente los terratenientes, lo que no llega ni a caricatura de la realidad. Es razonable, en cambio, la referencia del autor al período 1931-36, y no sólo al primer bienio. Algunos, en efecto, suponen que las mejoras sociales del bienio izquierdista de 1931-33, se hundieron brutalmente en el bienio siguiente, dominado por el centro derecha. Hoy sabemos que no hubo hundimiento, y eso prueba que la derecha no encontró demasiado ruinoso o peligroso lo que, exagerando un poco, llama Maluquer «acentuada transformación» republicana (transformación atenuada, además, por la progresión del desempleo). No pudo ser esa, por tanto, la explicación última, ni la primera, de la rebelión derechista de 1936.

Los orígenes de la guerra civil pueden remontarse a finales del siglo XIX e incluso antes, a la raíz de una serie de problemas sociales y económicos surgidos en ese período.

Pero aunque esos problemas eran muy reales, y los estudios al respecto esclarecedores, no predeterminaban la guerra, salvo en análisis marxistas. Todos los países afrontan retos varios, y los de España en los años 30 no eran excepcionales. Lo que empujó a la guerra no fue la gravedad intrínseca de esos retos, sino la respuesta que les dieron los partidos. Esto, que puede sonar obvio, plantea la cuestión en términos que no son económicos o sociológicos —aunque hunda sus raíces en ellos—, sino políticos.

Por ello, trataré aquí de exponer las decisiones, actos y cálculos de los partidos y personajes, su lógica y contradicciones. Los cito con más extensión de lo habitual a fin de disminuir el riesgo, siempre grande, de desfigurar sus intenciones al destacar sólo algunas palabras de ellos en un contexto demasiado elaborado por el historiador. La fidelidad al personaje resulta fácil en casos como el de Largo Caballero, por lo general consecuente en dichos y hechos; más ardua con Prieto o Companys, y especialmente con Azaña, en cuyo discurso cabe la defensa del parlamentarismo y su desvirtuación, y en cuyos actos hay que incluir dos intentos de golpe de fuerza contra la legalidad republicana —obra suya en parte—, uno de los cuales apenas había sido advertido hasta ahora.

Opino, en suma, que si bien los problemas de la república venían de lejos, los orígenes de la guerra se hallan en la propia república, y no antes. El nuevo régimen, precisamente, al suscitar un intenso sentimiento de esperanza en soluciones drásticas, pero irreales, provocó decepción y envenenó los problemas año tras año, hasta no dejar otra salida que la de las armas. Fracasó justamente el juego político que debiera haber permitido una evolución calmada y alternancias de poder no violentas. En otras palabras, la cuestión central de la república, englobadora de los demás problemas, fue la de la democracia, en unos

tiempos en que ésta sufría una aguda crisis en casi todo el mundo, por efecto de la depresión económica y de la propaganda que, aprovechándola, difundían los partidos extremistas. En España, la pendiente hacia el choque armado comenzó con las elecciones de noviembre de 1933, cuyo veredicto, favorable al centro derecha, fue rechazado por las izquierdas y motivó el paso de éstas a la ruptura con las instituciones y a la organización insurreccional.

Este suceso queda enturbiado en versiones como la expuesta por J. M. Macarro Vera, investigador ajustado y veraz en sus estudios parciales, pero convencido de que «la idea de democracia como concepto operativo para la España de 1934, era abstracta, irreal», mientras que la república sería algo más: un régimen de reformas, «de cambio» social y político determinado. Eso era, dice él, «lo que los españoles entendían por República». De ahí que «lo que en 1934 se debatía no era democracia sí o no, sino las reformas iniciadas el 14 de abril o la vuelta encubierta a un régimen monárquico», «lo que para los españoles se ventilaba entonces era progreso o marcha atrás». Pero ¿pensaban así «los españoles» o lo piensa Macarro arrogándose por las buenas la voz y representación de ellos? Los españoles de 1933, nada menos que un 63% de los votantes, se inclinaron por una interpretación de la república muy diferente. Sólo el 37% pensaban como nuestro autor, quien habla de «la debilidad popular mostrada en las elecciones citadas», como si «el pueblo» se redujese al sector de españoles cuya actitud merece su simpatía. Y, en efecto, estas versiones se sostienen en conceptos en el fondo totalitarios de «pueblo», «progreso», «reacción» etc. No extrañará que tengan por «abstracta, irreal», la democracia.

Mantener teorías como la vista exige, nuevamente, sacrificar demasiados hechos. Los votantes de 1933 no

desdeñaban los cambios del bienio anterior, al menos muchos de esos cambios, pero tenían experiencia de otros factores, como el profundo deterioro del orden público, las represiones arbitrarias y rígidas bajo una «Ley de defensa de la República» que solía considerarse atentatoria a las libertades, el ataque sistemático y a menudo violento a las convicciones religiosas de la mayoría, el modo irrealista y frustrante como fueron acometidas la reforma agraria, la educativa, etc. Estos hechos perturban ciertas armonías teóricas, pero pasarlos por alto o minimizarlos significa desvirtuar la historia, como en esta conclusión: «De ahí que Octubre fuese no un asalto a la democracia, sino un intento de rescatar la República, es decir, de recuperar el programa reformador del 14 de abril»⁴. Ese «de ahí» sólo puede consistir en el olvido de hechos significativos y la atribución a «los españoles» de las ideas del historiador o del político. Y supone despreciar una realidad totalmente contrastada y decisiva: que los sublevados de Octubre no pensaban en la república del 14 de abril, con todos sus cambios, sino en un régimen totalitario. Su acción fue, muy precisamente, un asalto a la democracia y a la república, incluso concibiendo ésta a la manera de Macarro.

He procurado evitar juicios morales o políticos generales y concluyentes. No porque esos juicios carezcan de interés; en cierto sentido son lo más importante. Y el relator de los hechos, con la ventaja de conocer su desenlace, cosa vedada a los protagonistas durante la acción, fácilmente se siente autorizado a emitir «el fallo de la historia». Pero esa ventaja, un tanto ilusoria, da pie a sentencias ingenuas. Los «juicios de la historia» suelen envejecer pronto, y desde luego caen en lo gratuito cuando los hechos no son conocidos con suficiente claridad, que rara vez es completa. La tarea del historiador consiste, en mi opinión, en hacer esa claridad en lo posible y dejar al lector sus propias valoraciones.

Obviamente, el historiador está también condicionado por su actitud y valoraciones previas, ideológicas o de otro género, pero de ahí no cabe concluir que la aproximación a la verdad sea imposible, o que todos los enfoques valgan igual. El ángulo desde el que se mira cambia la visión de los hechos, pero no tanto que haga de éstos ilusiones ópticas. La insurrección de octubre, por ejemplo, es indefendible desde una perspectiva democrática, y en cambio se justifica desde una revolucionaria. Hasta un historiador marxista ha de reconocer el hecho de que aquel alzamiento tuvo carácter antidemocrático, y que defenderlo con argumentos democráticos, como se ha hecho, falsea la realidad; incluso si dicho autor encuentra políticamente aceptable desvirtuar la realidad en aras de un fin revolucionario, como historiador debe atenerse a ella. Y a la inversa, la crítica de los datos e interpretaciones puede demostrar su grado de veracidad —nunca absoluta— o de falsedad. La crítica de versiones historiográficas a mi entender poco ajustadas a los hechos, tiene por ello cierta importancia en este libro, con plena conciencia de que él también ha de sufrir la misma prueba de fuego.

Otra dificultad de los estudios sobre la guerra hispana es la plétora —aunque irregular— de documentos, testimonios, opiniones y relatos contrapuestos. Si en la historia antigua la escasez de documentos obliga a rellenar lagunas a base de imaginación y lógica, en la contemporánea el problema suele ser el contrario: el de orientarse en un laberinto de papeles que llega a oscurecer los hechos evidentes. Es factible acumular material supuestamente probatorio de cualquier tesis, incluso la más ajena a la realidad: basta centrar la atención en los hechos atípicos. Pero si algunos robles en un pinar deben recibir atención, ésta no debe enturbiar la visión del tipo de bosque en que crecen. Para salir del laberinto, de nuevo el cuidado por los hechos, por